

LA MARCA DE NACIMIENTO

A fines del siglo pasado vivió un hombre de ciencia—una eminencia competente en todas las ramas de la filosofía natural—que, no mucho antes del comienzo de nuestra historia, había tenido la experiencia de una afinidad espiritual más atractiva que las químicas. Dejando el laboratorio al cuidado de un ayudante, se había limpiado el hollín de las finas facciones, se había lavado las manchas de ácido de los dedos y había persuadido a una hermosa joven de ser su esposa. Por entonces, cuando parecía que el descubrimiento más bien reciente de la electricidad y otros misterios de la naturaleza abrían sendas a la región del milagro, no era inusólito que el amor por la ciencia rivalizara en profundidad y energía con el amor por la mujer. El intelecto elevado, la imaginación, el espíritu y hasta el corazón podían encontrar alimento agradable en empresas que, como creían algunos defensores apasionados, progresaban de un peldaño de poderoso entendimiento en otro hasta que el filósofo alcanzase el secreto de la fuerza creativa, acaso engendrando, desde sí, mundos nuevos. Aylmer poseía esa fe en el dominio último del hombre sobre la naturaleza. Sin embargo, se había entregado a los estudios científicos demasiado abiertamente para que una segunda pasión pudiera apartarlo. Tal vez el amor por la joven esposa se demostrara más fuerte; pero sólo podía enlazarse con el amor por la ciencia y unir esa fuerza a la suya.

Como era de prever la unión se verificó y acarreó consecuencias realmente notables y una moraleja impresionante. Un día, muy poco después de la boda, Aylmer se quedó mi-

rando a su esposa con el semblante cada vez más atribulado, hasta que dijo:

—Georgiana, ¿nunca se te ha ocurrido que esa marca que tienes en la mejilla se podría quitar?

—La verdad es que no—dijo ella con una sonrisa, y luego, advirtiendo la actitud seria de él, se ruborizó intensamente—. Para serte sincera, tantas veces se ha dicho que era un embrujo que fui tan simple como para aceptarlo.

—En otra cara, tal vez—replicó el marido—. Pero ¿en la tuya nunca! No, Georgiana de mi alma. Tú saliste de manos de la naturaleza tan cerca de la perfección que el más leve defecto, que dudo de calificar de defecto o virtud, me repugna como una huella visible de la imperfección terrenal.

—¿Te repugna, esposo mío!—exclamó Georgiana, muy herida, enrojando primero de ira momentánea, luego rompiendo a llorar—. Entonces, ¿por qué me apartaste de mi madre? ¿No se puede amar lo que se repugna!

Para explicar este diálogo debe mencionarse que, en el centro de la mejilla izquierda, Georgiana tenía una marca singular entretrejida, por así decir, con la sustancia del rostro. En el estado habitual de su tez—un rubor saludable pero delicado—, la marca era de un carmesí más intenso que definía imperfectamente su forma entre el rosa circundante. Cuando ella se sonrojaba, paulatinamente la marca perdía definición hasta desaparecer en el arrebató de sangre que inundaba con su fulgor la mejilla entera. Pero si alguna emoción súbita la hacía palidecer, la marca aparecía de nuevo, mancha carmesí en la nieve, con una claridad que Aylmer consideraba casi temible. La forma no era poco semejante a la de una mano, si bien ínfima como la de un pigmeo. Los enamorados de Georgiana se inclinaban a decir que en la hora del nacimiento algún duende había puesto la manita en la mejilla del bebé, y la había estampado como símbolo de los dones mágicos que le darían tal influjo sobre los corazones. Más de

un bribón desesperado habría arriesgado la vida por el privilegio de apretar los labios contra la mano misteriosa. No debe esconderse, con todo, que la impresión que causaba el signo fabuloso variaba enormemente según el temperamento de quien la miraba. Ciertas personas fastidiosas—exclusivamente del sexo de ella—afirmaban que la mano sangrienta, como les gustaba llamarla, destruía por completo el efecto de la belleza de Georgiana y hasta volvía el rostro detestable. Pero habría sido igualmente razonable decir que una sola de esas manchitas azules que aparecen a veces en el mármol más puro hubiera convertido a la Eva de Powers en un monstruo. Los hombres, si la marca de nacimiento no les aumentaba la admiración, se contentaban con desear que desapareciese, para que el mundo tuviera un espécimen vivo de belleza ideal sin asomo de defecto. Después de casarse—porque antes poco o nada había pensado en el asunto—, Aylmer descubrió que éste era su caso.

De haber sido Georgiana menos hermosa—si la envidia hubiera encontrado otra a quien despreciar—, quizás él hubiera sentido que la preciosa manita, ya vagamente dibujada, ya perdida, ya perfilada otra vez y destellando a cada latido emocionado del corazón, le aumentaba el amor. Pero, viendo a su mujer tan perfecta por lo demás, sentía que a cada momento de la vida de matrimonio ese único defecto se le hacía más intolerable. Era la mácula fatal de la humanidad que, bajo una forma u otra, la naturaleza estampa imborrablemente en todos sus productos para indicar, bien que son temporales y finitos, bien que su perfección ha de lograrse con esfuerzo y dolor. La mano carmesí expresaba el puño ineludible en el que la mortalidad aprieta el molde terrenal más alto y puro, degradándolo a la par del más bajo y hasta del de los brutos, y, al igual que en éstos, su armazón visible vuelve al polvo. De tal manera, eligiéndola como símbolo de la inclinación de su esposa al pecado, la pena, la decadencia

y la muerte, el antojo no tardó en convertirse para la sombría imaginación de Aylmer en un objeto espantoso, causa de más angustia y horror que todo el deleite que daba a su corazón la belleza de Georgiana.

Invariablemente y sin intención—más aún, aunque se proponía lo contrario—, en los momentos en que más felices deberían haber sido, él volvía sobre ese tema desastroso. Por trivial que pareciera, se conectaba tanto con innumerables series de pensamientos y formas de sentir que había llegado a ser el centro de todos. Cuando al amanecer Aylmer abría los ojos a la cara de su esposa, reconocía antes que nada el símbolo de la imperfección; y cuando por la noche se sentaban juntos frente al hogar, deslizaba la mirada sigilosa por la mejilla de ella y, donde habría deseado adorar, veía, parpadeando a la luz del fuego de leña, la mano espectral que escribía la mortalidad. Pronto Georgiana aprendió a estremecerse bajo esa inspección. Una sola mirada bastaba, con la expresión peculiar que solía adoptar él, para trocarle el rosa de las mejillas por una palidez de muerte en medio de la cual la mano carmesí resaltaba como un bajorrelieve de rubí en un mármol blanquísimo.

Una noche, a la alta hora en que las luces menguantes poco delataban la mancha, ella misma abordó por primera vez el tema.

—¿No te acuerdas, querido Aylmer—dijo con un débil atisbo de sonrisa—, si anoche tuviste algún sueño con esta mano odiosa?

—¡No! ¡En absoluto!—respondió Aylmer con un respingo. Luego, afectando un tono seco y frío para esconder una emoción intensa, dijo—: Pero bien puede haber sido, porque antes de dormirme había invadido mis fantasías.

—Claro que soñaste con ella—se apresuró a continuar Georgiana, porque temía que la interrumpiera el llanto—. ¡Era un sueño terrible! Me extraña que lo hayas olvidado.

¿Es posible olvidar una expresión como: «Ahora la tiene en el corazón... Tenemos que sacársela». Piensa, esposo mío; pues haría lo que fuese por hacértelo recordar.

Triste es el tono de la mente cuando ni el sueño, que todo lo envuelve, logra que confine los fantasmas a la penumbra de sus dominios; cuando tiene que soportar que irrumpen y asusten la vida manifiesta con secretos que acaso pertenezcan a otra más profunda. Aylmer terminó recordando el sueño. Había imaginado que él y su criado Aminadab intentaban una operación que quitase la marca de nacimiento. Pero cuanto más escarbaba el bisturí, más se hundía la mano, hasta que el marido tuvo en el minúsculo poder de su puño, el corazón de Georgiana del cual, no obstante, decidió inexorablemente arrancar la marca o cortarla.

Cuando la forma del sueño se le hubo completado en la memoria, Aylmer contempló a su esposa con un sentimiento de culpa. A menudo la verdad entra en la mente disimulada en las ropas del sueño, y luego habla con una franqueza distante de asuntos que en la vigilia tratamos con autoengaños inconscientes. Hasta entonces Aylmer no había reparado en la influencia tiránica que una sola idea había adquirido sobre su mente ni en lo lejos que tenía que ir en su corazón para procurarse paz.

—Aylmer—retomó Georgiana, solemne—, yo no sé cuánto puede costarnos a los dos librarme de esta marca fatal. Quizá la extracción cause una deformidad irremediable. Quizá la mancha sea profunda como la vida. Una vez más, ¿hay alguna posibilidad de aflojar el puño con que esta manita me tiene agarrada desde antes de venir al mundo?

—Georgiana, tesoro mío, he pensado mucho en la cuestión—interrumpió Aylmer—, y estoy convencido de que es posible eliminarla.

—Si existe una posibilidad siquiera remota—siguió Georgiana—, déjame probarla, corra el riesgo que corra. Para mí

el peligro no es nada; porque mientras esta marca odiosa me haga objeto de tu horror y tu disgusto, la vida será una carga que me alegraría arrojar. ¡Líbrame de esta mano terrible o arráncame una vida desdichada! ¡Tú tienes un saber profundo! El mundo entero es testigo. ¡Has logrado maravillas! ¿No puedes quitar esta marca tan pequeña que puedo taparla con las puntas de dos dedos? ¿Escapa a tu poder, por la paz que te debes, salvar a tu pobre mujer de la locura?

—¡Esposa querida, la más noble y tierna!—gritó Aylmer en un raptó—. No dudes de mi poder. Ya he sometido el asunto al pensamiento más riguroso; tanto que casi habría podido iluminarme para crear un ser menos perfecto que tú. Georgiana, me has hecho llegar a una profundidad inexplorada del corazón de la ciencia. Me siento del todo competente para dejar esa mejilla tan impecable como su hermana; y luego, amadísima, ¡qué triunfo el mío cuando haya corregido la imperfección que dejó la naturaleza en su obra maestra! ¡Ni Pigmalión, cuando su mujer tallada cobró vida, habrá sentido un éxtasis mayor!

—Entonces está decidido—dijo Georgiana con una tenue sonrisa—. Y, Aylmer, no te detengas ni aunque encuentres que al cabo la marca se me refugió en el corazón.

Tiernamente el marido la besó en la mejilla; la derecha, no la que llevaba impresa la mano carmesí.

Al día siguiente, Aylmer expuso a Georgiana un plan mediante el cual él podría ejercer la atención intensa y la vigilancia constante que demandaría la operación, mientras que ella disfrutaría del completo reposo indispensable para el éxito. Se aislarían en los amplios apartamentos que Aylmer ocupaba como laboratorios y desde donde, durante su afanosa juventud, había despertado la admiración de todas las sociedades cultas de Europa llevando a cabo descubrimientos en los poderes elementales de la naturaleza. Sentado en calma en el laboratorio, el pálido filósofo había investigado

los secretos de la región nubosa superior y de las minas más profundas; se había convencido de las causas que encendían y mantenían vivo el fuego de los volcanes; y había explicado el misterio de las fuentes y cómo es que algunas aguas brotan del pecho oscuro de la tierra con tanta claridad y pureza y otras con tan ricas propiedades medicinales. Allí también, en un periodo anterior, había estudiado las maravillas de la textura humana e intentado sondear el proceso mismo por el que la naturaleza asimila las preciosas influencias tanto de la tierra y el aire como del mundo espiritual para crear y fomentar al hombre, su obra maestra. Pero hacía tiempo que Aylmer había dejado de lado esta última empresa, en forzoso reconocimiento de la verdad con la que todos los buscadores tropiezan tarde o temprano: que, mientras nos distrae trabajando en apariencia a pleno sol, nuestra gran madre creativa se cuida severamente de guardar sus secretos y, aunque finge apertura, no nos entrega sino resultados. Cierto que nos permite cometer errores, pero rara vez enmendarlos y, como un celoso titular de patente, no acepta rendiciones de cuentas. Ahora, sin embargo, Aylmer había decidido reanudar las investigaciones medio olvidadas; no con las esperanzas o deseos que las habían impulsado al comienzo, desde luego, sino porque contenían mucha verdad filosófica y contribuían al plan para el tratamiento de su esposa.

Georgiana cruzó el umbral del laboratorio con el cuerpo frío y tembloroso. Aylmer le miró el rostro con alegría, procurando tranquilizarla, pero el brillo intenso de la marca en la blancura de la mejilla le impresionó tanto que no pudo evitar un escalofrío convulso. La esposa se desmayó.

—¡Aminadab! ¡Aminadab!—gritó Aylmer, dando una violenta patada al piso.

Al punto, de una habitación interior salió un hombre bajito pero fornido, con el pelo enmarañado colgándole en una cara sucia de vapores de hornillo. El personaje había sido

peón de Aylmer durante toda su carrera científica; una gran disposición mecánica y la habilidad con que, si bien incapaz de comprender un solo principio, ejecutaba todos los detalles de los experimentos del amo, lo hacían admirablemente apto para el empleo. De vasta fuerza, hirsuto, como ahumado y con una costra de terrenalidad indescriptible, parecía representar la naturaleza física del hombre, mientras que la figura flaca y la cara pálida e intelectual de Aylmer eran no menos adecuadas para representar su naturaleza espiritual.

—Deja abierta la puerta del tocador, Aminadab—dijo Aylmer—, y quema una pastilla.

—Sí, señor—respondió el criado fijando la mirada en la figura exánime de Georgiana. Luego murmuró para él mismo—: Si fuera mi mujer, no me separaría nunca de esa marca.

Al volver en sí, Georgiana se encontró en una atmósfera de aroma penetrante cuya potencia amable la había convocado desde la inercia del desmayo. A su alrededor, la escena era de hechizo. Aylmer había transformado las estancias húmedas, decaídas y lúgubres donde había pasado sus mejores años dedicado a búsquedas recónditas en una serie de magníficos apartamentos no indignos de albergar el recogimiento de una mujer hermosa. De las cortinas que colgaban de las paredes manaba esa mezcla de grandeza y gracia que no procura ningún otro adorno; los pliegues abundantes y pesados, que disimulaban todo ángulo o línea recta, parecían aislar la escena de un espacio infinito. Por lo que veía Georgiana, bien podía ser un pabellón alzado entre nubes. Y excluido el sol, que habría interferido en los procesos químicos, Aylmer había provisto el lugar de lámparas perfumadas que emitían llamas de diversos colores, fundidos en una suave luminiscencia purpúrea. Ahora acababa de arrodillarse y miraba a la mujer con afecto intenso pero sin alarma, porque confiaba en su ciencia y se sentía capaz de rodear a su amada de un círculo mágico inaccesible a todos los males.